



HANS GEILINGER

ARQUITECTO, DIO LA VUELTA AL MUNDO EN UN VELERO DE 12 METROS

«SI TU VIDA TE PERMITE NAVEGAR DURANTE 12 AÑOS, HAZLO»

Pocos navegantes han conseguido dar la vuelta al mundo con un velero de doce metros. Hans Geilinger tardó 12 años en lograrlo, y el próximo 7 de noviembre lo contará en Vigo

Hans Geilinger y su esposa, Imma, durante su vuelta al mundo a vela.

RAFA LÓPEZ

Hans Geilinger, arquitecto suizo afincado desde hace décadas en Barcelona, dio la vuelta al mundo en un velero de doce metros junto a su esposa Imma. Comenzó su singladura en 2011 y le llevó 12 años. Recorrieron 50.000 millas náuticas y vivieron situaciones de serio peligro. Geilinger charla con FARO desde su barco, fondeado en una cala de Grecia, lo que demuestra que mantiene su pasión por el mar. El próximo 7 noviembre (20.00 horas) hablará de su aventura en el Liceo Marítimo de Bouzas, en Vigo. «Tengo muchas ganas de ir a Vigo, se respira mar», dice Hans Geilinger, que ha publicado un libro sobre su epopeya marítima y personal que lleva como título el nombre de su velero, «Tuvalú» (Ed. Elba).

«¿Cuál fue el periodo más largo que pasaron sin ver tierra firme?»

«Fue el trayecto entre las islas Galápagos y la isla Fatu-Hiva, en las islas Marquesas [Polinesia Francesa]. Casi cinco semanas. Navegamos

muy lento, a 6 nudos [unos 11 km/h], que no es nada. Pero esa lentitud es algo muy bonito. En Galápagos estuvimos tres semanas. Estaba lleno de animales prehistóricos, leones marinos... Fue un impacto muy fuerte. Y al ir tan lento tienes tiempo para asimilar todo eso, ordenar tu mente y comprender todo lo que has vivido. Despues hubo un periodo tres semanas en medio de la nada, en un océano enorme. En todo ese tiempo vimos solo dos barcos. Hacíamos guardias Imma y yo. Me levantaba a las 2 de la madrugada y estaba despierto hasta las 6 o 7 de la mañana. Me encantaba. Ahora no es como en los tiempos de Magallanes o Colón, gracias al GPS sabes donde estás, yacerte a la isla me produce una decepción, yo quería seguir. Hay un dicho que es «el verdadero viajero no quiere llegar, quiere continuar». Pero bueno, esa decepción pasó en segundos, porque también fuimos a pisar tierra y arribar a una isla llena de verde y de montañas.

«¿Cómo era su día a día, sobre todo en los momentos de calma?»

«El mar es un ámbito muy directo, te proporciona emociones verdaderas, sin filtro. Si el mar está mal, sufre mucho; y si está bonito te da momentos de contemplación absoluta. Puedo estar horas en cubierta simplemente mirando el mar, algo que jamás haría en un piso. También hay momentos muy duros. Mi mujer, Imma, se marea, aunque sueña a chiste [risas]. Consultas el parte meteorológico, porque estás conectado por satélite, y ves que el temporal sigue mañana, y pasado mañana, y otro día... Es lo que hay, y punto. Aguantas hasta que algún día se calma y el sol acaricia tu piel. Estás contento por haberlo superado.

«¿Pero había periodos de tedio?»

«Rutina sí había. Teníamos 12 horas para dormir y 12 para estar despiertos, pero jamás me aburrió. Siempre hay pequeñas cosas que hacer en el barco, podía contemplar el mar, leer. Y tienes sensaciones muy directas, algo que no te da una ciudad como Barcelona o Vigo. En tierra todo se filtra, por la tele, las redes sociales... Todo es artificial. Pero en el mar estás tan sumergido en la na-

tura que va directo a tu alma. Por eso nunca estás aburrido, nunca hay en tu sentido.

«¿Alguna vez temieron por su vida?»

«Primero tengo que decir que fue maravilloso. Si tu vida te permite navegar durante 12 años, hazlo. Para mí es lo mejor que hay. En la vida hay que fijarse en las cosas positivas. Si tú respetas el mar, al final el mar te respeta a ti. Parece un poco cursi o esotérico, pero creo que es así. Hubo cosas malas. El libro lo puedes leer como una sucesión de desastres. Estuvimos a punto de perder el barco varias veces. En Cuba, en una calita, que calculé mal. En Fiyi se nos rompió el cable de una boyta en plena noche y nos despertó un ruido brutal: el barco estaba en medio de los corales y podíamos ir a pie hasta tierra, pero al subir la marea pudimos sacar el barco y seguir. También chocamos con arrecifes en Australia, donde James Cook chocó también con su barco. Y en el Mar Rojo tuvimos un encuentro con unos supuestos piratas, y pensé: «Hasta aquí hemos llegado, ahora me van a matar, pero

turaleza que va directo a tu alma. Por eso nunca estás aburrido, nunca hay en tu sentido.

«¿Pero había periodos de tedio?»

«Rutina sí había. Teníamos 12 horas para dormir y 12 para estar despiertos, pero jamás me aburrió. Siempre hay pequeñas cosas que hacer en el barco, podía contemplar el mar, leer. Y tienes sensaciones muy directas, algo que no te da una ciudad como Barcelona o Vigo. En tierra todo se filtra, por la tele, las redes sociales... Todo es artificial. Pero en el mar estás tan sumergido en la na-

traleza que va directo a tu alma. Por eso nunca estás aburrido, nunca hay en tu sentido.

«Imagino que, en medio de la inmensidad del océano, uno intenta a toda costa no discutir con la pareja y única compañía...»

«Esa fue una de las grandes sorpresas. Es típico que las parejas se vayan de vacaciones en agosto, se peleen y estén deseando volver a trabajar para que haya un poco de distancia [risas]. Cuando nos planteamos este proyecto sabíamos que eso era un riesgo. No se trataba de irse diez días a Mallorca, sino que al final fueron 12 años. La sorpresa es que es muy fácil vivir juntos en el mar. Cuando zarpas de las Galápagos, al cabo de una semana es imposible volver, porque los alisos soplan a 20 nudos. Los dos teníamos el mismo destino, llegar a esa pionera isla que está a 4 semanas de navegación [risas]. Cuando, en tu vida terrestre, tienes el mismo objetivo que tu pareja, ¿y cuándo pasas todos los momentos, malos y buenos, juntos? Esto es mucho. Nunca discutimos.

«¿Nunca?»

«Tampoco hay visitas, y eso también favorece. No viene la amiga de tu mujer a la que odias, ni la suegra [risas], estás solo en alta mar con tu pareja, y nada más. Las cosas empiezan a complicarse cuando llegas a tierra, pero en alta mar es bellísimo. En Fiyi pasamos un temporal imprevisible, terrible, y en esos momentos era muy difícil pensar. Cuando yo ya había superado el límite y no podía pensar, Imma me dijo: «Oye, ¿por qué no cambiamos el rumbo? ¿No habías dicho que había una isla a dos días de aquí?». Y era verdad. Fuimos a la isla de Rotuma y todo mejoró.



mos en una pequeña isla de Malasia, en Langkawi, dejamos el barco allí y volvimos a Barcelona porque la madre de Imma estaba muy enferma. En ese momento se cerró el país y nos quedamos en una cabaña en el Priorat hasta que abrieron otra vez Malasia, que tenía unas restricciones muy estrictas. Trabajamos tres meses para poner a punto el barco otra vez.

«¿Y cómo se financia una aventura como esta, de 12 años?»

«Hay dos preguntas que no se pueden hacer a un navegante. Una es «¿a dónde vas mañana», y la otra es «¿cómo pagas todo esto?» [risas]. Pero está bien que pregunte. Se puede dar la vuelta al mundo en un velero muy pequeño. En el Caribe nos topamos con cuatro amigos de la universidad, de veinte años, que cruzaban el Atlántico en un barco de 22 pies que compraron por 500 euros. Puedes llegar con un presupuesto pequeño. Y luego está Elon Musk, que supongo que tiene un barco a motor de 200 metros, con 45 empleados que le sirven whisky, con 35 satélites Starlink arriba, y también puede dar la vuelta al mundo. Entre esos dos extremos hay todas las variantes, y tú te sitúas con tu economía. Ya soy más planificador y Imma tiene más intuición. Con esos dos componentes todo es más fácil. Tenemos amigos que navegan en solitario y eso sí que es duro, nadie te dice: «prueba esto otro».

«Estaban en plena vuelta al mundo cuando llegó la pandemia de covid, en 2020. ¿Cómo les afectó?»

«Yo soy más planificador y Imma tiene más intuición. Con esos dos componentes todo es más fácil. Tenemos amigos que navegan en solitario y eso sí que es duro, nadie te dice: «prueba esto otro».

«Cuando los países cerraron sus fronteras, los navegantes se encontraron con muchas dificultades para

entrar en el siguiente país. En el barco tienes que izar la bandera amarilla cuando llegas a un nuevo país. La bandera amarilla es la «Q», por «cuarentena» (quarantine en inglés). Por primera vez después de mucho tiempo, en la pandemia tenía sentido esa bandera. Pero cuando navegamos durante tres semanas, o estás muerto porque tienes el covid, o no tienes el virus. Era absurdo tener que enseñar un test negativo de covid.

Tenemos unos amigos que llegaron en barco a África y se pusieron enfermos allí. El peligro está en tierra. En nuestro caso fue diferente. Estuvimos



«Yo soy más planificador y Imma tiene más intuición. Con esos dos componentes todo es más fácil. Tenemos amigos que navegan en solitario y eso sí que es duro, nadie te dice: «prueba esto otro».

«Cuando los países cerraron sus fronteras, los navegantes se encontraron con muchas dificultades para



entrar en el siguiente país. En el barco tienes que izar la bandera amarilla cuando llegas a un nuevo país. La bandera amarilla es la «Q», por «cuarentena» (quarantine en inglés). Por primera vez después de mucho tiempo, en la pandemia tenía sentido esa bandera. Pero cuando navegamos durante tres semanas, o estás muerto porque tienes el covid, o no tienes el virus. Era absurdo tener que enseñar un test negativo de covid.

Tenemos unos amigos que llegaron en barco a África y se pusieron enfermos allí. El peligro está en tierra. En nuestro caso fue diferente. Estuvimos

en esta página, el Tuvalú, un velero Dufour 40 Performance de doce metros con el que Hans Geilinger emprendió, en 2011, la vuelta al mundo junto con su esposa Imma. La doble página incluye otras fotografías tomadas durante la singladura de 12 años e incluidas en el libro de Geilinger titulado «Tuvalú».

«Yo soy más planificador y Imma tiene más intuición. Con esos dos componentes todo es más fácil. Tenemos amigos que navegan en solitario y eso sí que es duro, nadie te dice: «prueba esto otro».

«Cuando los países cerraron sus fronteras, los navegantes se encontraron con muchas dificultades para



afrontar una aventura tan larga no se puede tener hijos... Los tienen. Si, una hija, Alba. Tenía 22 años cuando salimos. Quizás aquí entra en juego la diferencia cultural. Imma es catalana, de Barcelona, y como usted sabe, en España la familia es muy importante y los hijos suelen vivir con los padres hasta los 35 años, por decir algo [risas]. Pero yo vengo de Suiza, de una cultura alemana, y un hijo de 20 años que aún vive con sus padres ya es una cosa un poco rara. Y los padres quieren soltar a sus hijos también. Alba tenía 22 años, un trabajo, un piso, un novio... Pero la vida siguió, y al cabo de un año ya no tenía ni trabajo, ni piso, ni novio [risas]. Imma sufrió un poco por esta inestabilidad, pero nuestra hija nos visitaba algunas veces y casi dio la vuelta al mundo en etapas.

«Al terminar, ¿pasaron esa sensación de «marinero en tierra», de sentirse desubicados y tristes al volver a la vida normal?»

«Ahora estoy en el Tuvalú, fondeado en una cala en Grecia. Esto me sigue gustando muchísimo. Cuando hace dos años entramos por el Canal de Suez al Mediterráneo, que es el mare nostrum, el hogar para alguien de Barcelona, pasé en milisegundos de la euforia, por casi terminar la vuelta al mundo, a una profunda tristeza, porque pensaba: «Y ahora, ¿qué?». No quería regresar. Sigo siendo un navegante y me encanta esta vida. Quizás tenga que ver que nací en Suiza, luego me vine a Barcelona y mi concepción de patria ya es no está tan clara. Imma vivió el regreso de forma diferente: por fin se podía reunir con su hija, y ahora tenemos una nieta y ella disfruta mucho la vida de abuela. Yo también quiero mucho a mi hija y a mi nieta, pero lo vivo un poco distinto.

En los últimos dos años he hecho un viaje muy importante, el viaje en mi cabeza al escribir el libro de mis 12 años en el mar. Revivirlo me ha ayudado a entender mejor lo que hicimos. Joseph Conrad, el gran maestro de la literatura marítima, decía que el viaje más largo se hace en la cabeza. Yo he dado dos vueltas al mundo, la real y la literaria.



afrontar una aventura tan larga no se puede tener hijos... Los tienen.

«Sí, una hija, Alba. Tenía 22 años cuando salimos. Quizás aquí entra en juego la diferencia cultural. Imma es catalana, de Barcelona, y como usted sabe, en España la familia es muy importante y los hijos suelen vivir con los padres hasta los 35 años, por decir algo [risas]. Pero yo vengo de Suiza, de una cultura alemana, y un hijo de 20 años que aún vive con sus padres ya es una cosa un poco rara. Y los padres quieren soltar a sus hijos también. Alba tenía 22 años, un trabajo, un piso, un novio... Pero la vida siguió, y al cabo de un año ya no tenía ni trabajo, ni piso, ni novio [risas]. Imma sufrió un poco por esta inestabilidad, pero nuestra hija nos visitaba algunas veces y casi dio la vuelta al mundo en etapas.

«Al terminar, ¿pasaron esa sensación de «marinero en tierra», de sentirse desubicados y tristes al volver a la vida normal?»

«Ahora estoy en el Tuvalú, fondeado en una cala en Grecia. Esto me sigue gustando muchísimo. Cuando hace dos años entramos por el Canal de Suez al Mediterráneo, que es el mare nostrum, el hogar para alguien de Barcelona, pasé en milisegundos de la euforia, por casi terminar la vuelta al mundo, a una profunda tristeza, porque pensaba: «Y ahora, ¿qué?». No quería regresar. Sigo siendo un navegante y me encanta esta vida. Quizás tenga que ver que nací en Suiza, luego me vine a Barcelona y mi concepción de patria ya es no está tan clara. Imma vivió el regreso de forma diferente: por fin se podía reunir con su hija, y ahora tenemos una nieta y ella disfruta mucho la vida de abuela. Yo también quiero mucho a mi hija y a mi nieta, pero lo vivo un poco distinto.

En los últimos dos años he hecho un viaje muy importante, el viaje en mi cabeza al escribir el libro de mis 12 años en el mar. Revivirlo me ha ayudado a entender mejor lo que hicimos. Joseph Conrad, el gran maestro de la literatura marítima, decía que el viaje más largo se hace en la cabeza. Yo he dado dos vueltas al mundo, la real y la literaria.



Víctor M. Amela - Ima Sanchís - Lluís Amiguet

Hans Geilinger, arquitecto, con su mujer ha dado la vuelta al mundo en un velero de doce metros

Tengo 64 años. Naci en Zurich, Suiza, y vivo en Barcelona desde hace 35 años, menos los 12 que mi mujer, Imma, y yo pasamos embarcados. Tenemos una hija, aunque no sea el padre biológico, y una nieta. He sido arquitecto y profesor de arquitectura, pero ya no trabajo. Me preocupa el cambio climático. Me interesa el budismo

“La vida empieza cuando sueltas el miedo”



El mundo ahí fuera

Dice que ha dado dos veces la vuelta al mundo. Una vez surcando los océanos y otra vez escribiendo lo que han sido sus 12 años junto a Imma, su mujer, a bordo del *Tuvalu*, un barco de 12 metros de eslora. Tenía 51 años cuando zarparon y han vivido de todo: las fuertes tormentas del Atlántico, la llegada de un tsunami en la Polinesia francesa, encallaron en los arrecifes de coral de Fiyi, enfermar a bordo... pero también la maravilla de hallar la armonía. Dice que dar la vuelta al mundo en velero no tiene que ver con la navegación. Esta forma intensa de viajar, este nomadismo, es una escuela de vida, y en 12 años su concepción de lo que significa vivir se va transformando, esa inmensidad del mar va calando y también el encuentro con pueblos indígenas. “Fueron 12 años, pero creo que fuimos demasiado rápido”. *Tuvalu* (Elba) también se lee despacio.

12 años en 12 metros con una persona...
Es muy fácil, porque tienes un objetivo común y todo lo que pasa lo vivís juntos, y eso une. Es lo que necesitas.

Y se fueron a dar la vuelta al mundo.
En un velero de 12 metros y sin prisas, tardamos en regresar 12 años. Dejamos nuestra vida segura y nos lanzamos a lo desconocido.

En el mar hay de todo menos seguridad.
Quería recuperar el asombro. El mar puede ser muy hostil, sufrir temporales, olas gigantes; pero también hay una belleza emocionante. No hay filtro.

Lo salvaje se adentra en tí?
Sí, y aprendes que todos los temporales pasan. Sales a cubierta, el mar está en calma, ves el sol brillar y piensas: qué bella es la vida!

En los días y días oceánicos, ¿qué le pasaba por la cabeza?
Te calma totalmente el alma. Estás en la inmensidad de la amplitud, en tu pequeño barquito, te sabes insignificante y eso te recoloca en el mundo. Somos una merdeta, pero también formamos parte de la inmensidad.

¿Vivieron un tsunami?
Casi. Preparamos el barco, nos pusimos los chalecos, la radiofotografía y nos abrazamos. Pero el tsunami se desvió. Comprendí que tener miedo es una elección. En la vida solemos temer muchas cosas que al final no ocurren, y perdimos ese precioso tiempo.

¿Qué cultura te ha impactado más?
Los indígenas de las islas del Pacífico viven sin móvil, ni internet ni televisión. Nosotros estamos estresados porque lo queremos to-

do, ellos viven con muy poco y sin ningún estrés. Ellos son los ricos, porque el verdadero lujo es el tiempo y la tranquilidad.

¿No ambicionan?
Un australiano quiso hacer un complejo hotelero, prometió trabajo para todo el pueblo, red eléctrica, wifi. El jefe del pueblo le dijo que preferían vivir sin todo esto. ¿No le parece que era un sabio?

¿Una escuela de vida, el *Tuvalu*?
Me enseñó la perseverancia interior, saber que estás en un proceso y que todo lo que pasa te ayuda a ser mejor. No es un problema que hayamos embarcado y que nos rodeen cocodrilos, lo bueno es que seguimos adelante y nos sentimos más fuertes.

¿En el mar se encontró a sí mismo?
Sí, seguro, si navegas despacio y te mezclas con maneras totalmente diferentes de vida. Todos sabemos que existen, pero en realidad no lo puedes imaginar.

¿Y eso te cambia?
Te amplia lo que es ser humano. Y relativizas todo más. Cuando zarparamos pensé que este viaje me iba a responder a las preguntas importantes, pero ahora tengo más preguntas que nunca. La mente se te abre.

¿Y volvió otro Hans?
Soy arquitecto, un planificador. Navegando, quería planificarlo todo. Hasta que entiendo que el mar hace lo que quiere. Así que volvió un Hans más fluido.

¿A qué se refiere?
Ahorá estoy contigo, y eso es lo más importante ahora. En tierra es más complicado, pero intento mantenerlo porque eso es lo que me hizo sentir intensamente vivo.

¿Ama su barco?
Tengo una relación íntima con mi barco. Es solo plástico y cables y aceite, pero lo acaricio, y nos hablamos. Es una fiel amistad.

¿Qué perdió para siempre?
El miedo. El miedo es una elección. Y el estrés de tener más. Cuanto menos, mejor.

¿Qué le ha enseñado el mar sobre el ego, el poder y la humanidad?
Ego? Que soy totalmente insignificante. El poder verdadero es la naturaleza.

¿Y sobre la humanidad?
En un campo de refugiados en Grecia me crucé con tres mujeres. Eran de Gaza, Sudán y Líbia. Me contaron que habían sido violadas reiteradamente durante el viaje. Yo viajaba por placer, me sentí miserable.

do, ellos viven con muy poco y sin ningún estrés. Ellos son los ricos, porque el verdadero lujo es el tiempo y la tranquilidad.

¿No ambicionan?
Un australiano quiso hacer un complejo hotelero, prometió trabajo para todo el pueblo, red eléctrica, wifi. El jefe del pueblo le dijo que preferían vivir sin todo esto. ¿No le parece que era un sabio?

¿Una escuela de vida, el *Tuvalu*?
Me enseñó la perseverancia interior, saber que estás en un proceso y que todo lo que pasa te ayuda a ser mejor. No es un problema que hayamos embarcado y que nos rodeen cocodrilos, lo bueno es que seguimos adelante y nos sentimos más fuertes.

¿En el mar se encontró a sí mismo?
Sí, seguro, si navegas despacio y te mezclas con maneras totalmente diferentes de vida. Todos sabemos que existen, pero en realidad no lo puedes imaginar.

¿Y eso te cambia?
Te amplia lo que es ser humano. Y relativizas todo más. Cuando zarparamos pensé que este viaje me iba a responder a las preguntas importantes, pero ahora tengo más preguntas que nunca. La mente se te abre.

¿Y volvió otro Hans?
Soy arquitecto, un planificador. Navegando, quería planificarlo todo. Hasta que entiendo que el mar hace lo que quiere. Así que volvió un Hans más fluido.

¿A qué se refiere?
Ahorá estoy contigo, y eso es lo más importante ahora. En tierra es más complicado, pero intento mantenerlo porque eso es lo que me hizo sentir intensamente vivo.

¿Ama su barco?
Tengo una relación íntima con mi barco. Es solo plástico y cables y aceite, pero lo acaricio, y nos hablamos. Es una fiel amistad.

¿Qué perdió para siempre?
El miedo. El miedo es una elección. Y el estrés de tener más. Cuanto menos, mejor.

¿Qué le ha enseñado el mar sobre el ego, el poder y la humanidad?
Ego? Que soy totalmente insignificante. El poder verdadero es la naturaleza.

¿Y sobre la humanidad?
En un campo de refugiados en Grecia me crucé con tres mujeres. Eran de Gaza, Sudán y Líbia. Me contaron que habían sido violadas reiteradamente durante el viaje. Yo viajaba por placer, me sentí miserable.

¿Qué le ha enseñado el mar sobre el ego, el poder y la humanidad?
Ego? Que soy totalmente insignificante. El poder verdadero es la naturaleza.

¿Y sobre la humanidad?
En un campo de refugiados en Grecia me crucé con tres mujeres. Eran de Gaza, Sudán y Líbia. Me contaron que habían sido violadas reiteradamente durante el viaje. Yo viajaba por placer, me sentí miserable.

¿Qué le ha enseñado el mar sobre el ego, el poder y la humanidad?
Ego? Que soy totalmente insignificante. El poder verdadero es la naturaleza.

¿Y sobre la humanidad?
En un campo de refugiados en Grecia me crucé con tres mujeres. Eran de Gaza, Sudán y Líbia. Me contaron que habían sido violadas reiteradamente durante el viaje. Yo viajaba por placer, me sentí miserable.

¿Qué le ha enseñado el mar sobre el ego, el poder y la humanidad?
Ego? Que soy totalmente insignificante. El poder verdadero es la naturaleza.

¿Y sobre la humanidad?
En un campo de refugiados en Grecia me crucé con tres mujeres. Eran de Gaza, Sudán y Líbia. Me contaron que habían sido violadas reiteradamente durante el viaje. Yo viajaba por placer, me sentí miserable.

¿Qué le ha enseñado el mar sobre el ego, el poder y la humanidad?
Ego? Que soy totalmente insignificante. El poder verdadero es la naturaleza.

¿Y sobre la humanidad?
En un campo de refugiados en Grecia me crucé con tres mujeres. Eran de Gaza, Sudán y Líbia. Me contaron que habían sido violadas reiteradamente durante el viaje. Yo viajaba por placer, me sentí miserable.

¿Qué le ha enseñado el mar sobre el ego, el poder y la humanidad?
Ego? Que soy totalmente insignificante. El poder verdadero es la naturaleza.

¿Y sobre la humanidad?
En un campo de refugiados en Grecia me crucé con tres mujeres. Eran de Gaza, Sudán y Líbia. Me contaron que habían sido violadas reiteradamente durante el viaje. Yo viajaba por placer, me sentí miserable.

¿Qué le ha enseñado el mar sobre el ego, el poder y la humanidad?
Ego? Que soy totalmente insignificante. El poder verdadero es la naturaleza.

¿Y sobre la humanidad?
En un campo de refugiados en Grecia me crucé con tres mujeres. Eran de Gaza, Sudán y Líbia. Me contaron que habían sido violadas reiteradamente durante el viaje. Yo viajaba por placer, me sentí miserable.

¿Qué le ha enseñado el mar sobre el ego, el poder y la humanidad?
Ego? Que soy totalmente insignificante. El poder verdadero es la naturaleza.

¿Y sobre la humanidad?
En un campo de refugiados en Grecia me crucé con tres mujeres. Eran de Gaza, Sudán y Líbia. Me contaron que habían sido violadas reiteradamente durante el viaje. Yo viajaba por placer, me sentí miserable.

¿Qué le ha enseñado el mar sobre el ego, el poder y la humanidad?
Ego? Que soy totalmente insignificante. El poder verdadero es la naturaleza.

¿Y sobre la humanidad?
En un campo de refugiados en Grecia me crucé con tres mujeres. Eran de Gaza, Sudán y Líbia. Me contaron que habían sido violadas reiteradamente durante el viaje. Yo viajaba por placer, me sentí miserable.

¿Qué le ha enseñado el mar sobre el ego, el poder y la humanidad?
Ego? Que soy totalmente insignificante. El poder verdadero es la naturaleza.

¿Y sobre la humanidad?
En un campo de refugiados en Grecia me crucé con tres mujeres. Eran de Gaza, Sudán y Líbia. Me contaron que habían sido violadas reiteradamente durante el viaje. Yo viajaba por placer, me sentí miserable.

¿Qué le ha enseñado el mar sobre el ego, el poder y la humanidad?
Ego? Que soy totalmente insignificante. El poder verdadero es la naturaleza.

¿Y sobre la humanidad?
En un campo de refugiados en Grecia me crucé con tres mujeres. Eran de Gaza, Sudán y Líbia. Me contaron que habían sido violadas reiteradamente durante el viaje. Yo viajaba por placer, me sentí miserable.

¿Qué le ha enseñado el mar sobre el ego, el poder y la humanidad?
Ego? Que soy totalmente insignificante. El poder verdadero es la naturaleza.

¿Y sobre la humanidad?
En un campo de refugiados en Grecia me crucé con tres mujeres. Eran de Gaza, Sudán y Líbia. Me contaron que habían sido violadas reiteradamente durante el viaje. Yo viajaba por placer, me sentí miserable.

¿Y sobre la humanidad?
En un campo de refugiados en Grecia me crucé con tres mujeres. Eran de Gaza, Sudán y Líbia. Me contaron que habían sido violadas reiteradamente durante el viaje. Yo viajaba por placer, me sentí miserable.

¿Y sobre la humanidad?
En un campo de refugiados en Grecia me crucé con tres mujeres. Eran de Gaza, Sudán y Líbia. Me contaron que habían sido violadas reiteradamente durante el viaje. Yo viajaba por placer, me sentí miserable.

¿Y sobre la humanidad?
En un campo de refugiados en Grecia me crucé con tres mujeres. Eran de Gaza, Sudán y Líbia. Me contaron que habían sido violadas reiteradamente durante el viaje. Yo viajaba por placer, me sentí miserable.

¿Y sobre la humanidad?
En un campo de refugiados en Grecia me crucé con tres mujeres. Eran de Gaza, Sudán y Líbia. Me contaron que habían sido violadas reiteradamente durante el viaje. Yo viajaba por placer, me sentí miserable.

¿Y sobre la humanidad?
En un campo de refugiados en Grecia me crucé con tres mujeres. Eran de Gaza, Sudán y Líbia. Me contaron que habían sido violadas reiteradamente durante el viaje. Yo viajaba por placer, me sentí miserable.

¿Y sobre la humanidad?
En un campo de refugiados en Grecia me crucé con tres mujeres. Eran de Gaza, Sudán y Líbia. Me contaron que habían sido violadas reiteradamente durante el viaje. Yo viajaba por placer, me sentí miserable.

¿Y sobre la humanidad?
En un campo de refugiados en Grecia me crucé con tres mujeres. Eran de Gaza, Sudán y Líbia. Me contaron que habían sido violadas reiteradamente durante el viaje. Yo viajaba por placer, me sentí miserable.

¿Y sobre la humanidad?
En un campo de refugiados en Grecia me crucé con tres mujeres. Eran de Gaza, Sudán y Líbia. Me contaron que habían sido violadas reiteradamente durante el viaje. Yo viajaba por placer, me sentí miserable.

¿Y sobre la humanidad?
En un campo de refugiados en Grecia me crucé con tres mujeres. Eran de Gaza, Sudán y Líbia. Me contaron que habían sido violadas reiteradamente durante el viaje. Yo viajaba por placer, me sentí miserable.

¿Y sobre la humanidad?
En un campo de refugiados en Grecia me crucé con tres mujeres. Eran de Gaza, Sudán y Líbia. Me contaron que habían sido violadas reiteradamente durante el viaje. Yo viajaba por placer, me sentí miserable.

¿Y sobre la humanidad?
En un campo de refugiados en Grecia me crucé con tres mujeres. Eran de Gaza, Sudán y Líbia. Me contaron que habían sido violadas reiteradamente durante el viaje. Yo viajaba por placer, me sentí miserable.

¿Y sobre la humanidad?
En un campo de refugiados en Grecia me crucé con tres mujeres. Eran de Gaza, Sudán y Líbia. Me contaron que habían sido violadas reiteradamente durante el viaje. Yo viajaba por placer, me sentí miserable.

¿Y sobre la humanidad?
En un campo de refugiados en Grecia me crucé con tres mujeres. Eran de Gaza, Sudán y Líbia. Me contaron que habían sido violadas reiteradamente durante el viaje. Yo viajaba por placer, me sentí miserable.

¿Y sobre la humanidad?
En un campo de refugiados en Grecia me crucé con tres mujeres. Eran de Gaza, Sudán y Líbia. Me contaron que habían sido violadas reiteradamente durante el viaje. Yo viajaba por placer, me sentí miserable.

¿Y sobre la humanidad?
En un campo de refugiados en Grecia me crucé con tres mujeres. Eran de Gaza, Sudán y Líbia. Me contaron que habían sido violadas reiteradamente durante el viaje. Yo viajaba por placer, me sentí miserable.

¿Y sobre la humanidad?
En un campo de refugiados en Grecia me crucé con tres mujeres. Eran de Gaza, Sudán y Líbia. Me contaron que habían sido violadas reiteradamente durante el viaje. Yo viajaba por placer, me sentí miserable.

¿Y sobre la humanidad?
En un campo de refugiados en Grecia me crucé con tres mujeres. Eran de Gaza, Sudán y Líbia. Me contaron que habían sido violadas reiteradamente durante el viaje. Yo viajaba por placer, me sentí miserable.

¿Y sobre la humanidad?
En un campo de refugiados en Grecia me crucé con tres mujeres. Eran de Gaza, Sudán y Líbia. Me contaron que habían sido violadas reiteradamente durante el viaje. Yo viajaba por placer, me sentí miserable.

¿Y sobre la humanidad?
En un campo de refugiados en Grecia me crucé con tres mujeres. Eran de Gaza, Sudán y Líbia. Me contaron que habían sido violadas reiteradamente durante el viaje. Yo viajaba por placer, me sentí miserable.

¿Y sobre la humanidad?
En un campo de refugiados en Grecia me crucé con tres mujeres. Eran de Gaza, Sudán y Líbia. Me contaron que habían sido violadas reiteradamente durante el viaje. Yo viajaba por placer, me sentí miserable.

¿Y sobre la humanidad?
En un campo de refugiados en Grecia me crucé con tres mujeres. Eran de Gaza, Sudán y Líbia. Me contaron que habían sido violadas reiteradamente durante el viaje. Yo viajaba por placer, me sentí miserable.

¿Y sobre la humanidad?
En un campo de refugiados en Grecia me crucé con tres mujeres. Eran de Gaza, Sudán y Líbia. Me contaron que habían sido violadas reiteradamente durante el viaje. Yo viajaba por placer, me sentí miserable.

¿Y sobre la humanidad?
En un campo de refugiados en Grecia me crucé con tres mujeres. Eran de Gaza, Sudán y Líbia. Me contaron que habían sido violadas reiteradamente durante el viaje. Yo viajaba por placer, me sentí miserable.

¿Y sobre la humanidad?
En un campo de refugiados en Grecia me crucé con tres mujeres. Eran de Gaza, Sudán y Líbia. Me contaron que habían sido violadas reiteradamente durante el viaje. Yo viajaba por placer, me sentí miserable.

¿Y sobre la humanidad?
En un campo de refugiados en Grecia me crucé con tres mujeres. Eran de Gaza, Sudán y Líbia. Me contaron que habían sido violadas reiteradamente durante el viaje. Yo viajaba por placer, me sentí miserable.

¿Y sobre la humanidad?
En un campo de refugiados en Grecia me crucé con tres mujeres. Eran de Gaza, Sudán y Líbia. Me contaron que habían sido violadas reiteradamente durante el viaje. Yo viajaba por placer, me sentí miserable.

¿Y sobre la humanidad?
En un campo de refugiados en Grecia me crucé con tres mujeres. Eran de Gaza, Sudán y Líbia. Me contaron que habían sido violadas reiteradamente durante el viaje. Yo viajaba por placer, me sentí miserable.

¿Y sobre la humanidad?
En un campo de refugiados en Grecia me crucé con tres mujeres. Eran de Gaza, Sudán y Líbia. Me contaron que habían sido violadas reiteradamente durante el viaje. Yo viajaba por placer, me sentí miserable.

¿Y sobre la humanidad?
En un campo de refugiados en Grecia me crucé con tres mujeres. Eran de Gaza, Sudán y Líbia. Me contaron que habían sido violadas reiteradamente durante el viaje. Yo viajaba por placer, me sentí miserable.

¿Y sobre la humanidad?
En un campo de refugiados en Grecia me crucé con tres mujeres. Eran de Gaza, Sudán y Líbia. Me contaron que habían sido violadas reiteradamente durante el viaje. Yo viajaba por placer, me sentí miserable.

¿Y sobre la humanidad?
En un campo de refugiados en Grecia me crucé con tres mujeres. Eran de Gaza, Sudán y Líbia. Me contaron que habían sido violadas reiteradamente durante el viaje. Yo viajaba por placer, me sentí miserable.

¿Y sobre la humanidad?
En un campo de refugiados en Grecia me crucé con tres mujeres. Eran de Gaza, Sudán y Líbia. Me contaron que habían sido violadas reiteradamente durante el viaje.

Entrevista | Hans Geilinger Arquitecto, navegante y autor de "Tuvalu"

"Tener tiempo es mucho más lujoso que tener un Ferrari"

"He regresado de la vuelta al mundo en velero durante doce años y tengo más preguntas que nunca"

"En Haití fuimos en un ferry con mujeres que iban al mercado. Es el viaje más bonito que he hecho"



Hans Geilinger, en Barcelona, antes de la entrevista. / JORDI COTRINA



Fidel Masreal

Barcelona 25 SEPT 2025 6:00

Actualizada 25 SEPT 2025 7:43

Hans Geilinger es un arquitecto y urbanista suizo residente en Barcelona. Junto a su mujer, Imma, gozaba de una vida estable. Pero cuando cumplió los cincuenta decidió salir de su zona de confort y dar la vuelta al mundo con Imma en su velero. La aventura duró 12 años. Fruto de esa experiencia ha nacido "Tuvalu", un libro que es mucho más que una carta de navegación y que habla de cuestiones básicas de la vida.

-En el libro escribe: "La mejor estrategia para percibir lo que significa vivir es abandonar tu zona de confort". ¿A qué se refiere?

-Cuando zarpamos en el 2011 del Garraf, la cuestión era por qué te vas. Yo tenía una vida cómoda y ordenada: tenía a mi mujer, a mi hija, era profesor de Arquitectura, tenía un estudio, la ciudad de Barcelona me gustaba, me sentía en casa. No me fui porque me parecía un desastre todo esto, sino porque quería experimentar algo nuevo, sensaciones que yo tenía la intuición que quizás en la vida terrestre no existen. Dejar la zona de confort significa meterse en algo completamente desconocido. Los logros en tu vida están bien, pero está mejor meterte en algo completamente nuevo.

Dejar la zona de confort significa meterse en algo completamente desconocido

-¿Qué esperaba encontrar?

-Pensé que el viaje me proporcionaría respuestas a preguntas importantes de la vida -quiénes somos los humanos, cómo es el mundo- pero doce años más tarde he vuelto y tengo más preguntas que nunca. Ahora comprendo que esta es la finalidad de

todo: que se abran preguntas y cuestionarte muchas cosas. Lo bello en la vida es que se te abra la mente. Si nunca has visto la pobreza brutal como en Sudán o en Haití, tampoco te haces preguntas.



Hans Geilinger, en la sede de EL PERIÓDICO. / JORDI COTRINA

-¿Qué aprendió de estas vivencias en situaciones pobreza extrema?

-En Haití fuimos en un ferry con mujeres que iban al mercado. Es el viaje más bonito que he hecho en toda la vuelta al mundo. Las mujeres tenían una alegría total, cantaron, nos integraron por completo. Esta gente que viven en estas condiciones extremas viven solo el momento, y en un ferry que no se sabe cuánto tiempo tarda.

Esta gente que viven en estas condiciones extremas viven solo el momento

Cantan, hablan. Y a la vuelta, gallinas y cabras a bordo. Un espectáculo brutal. En Sudán, igual: la gente vive el momento.

-En el libro habla de la vastedad del océano Pacífico. ¿Cómo impacta esto en el interior de una persona, viviendo días y días en este escenario?

-Hay que llevarse bien con el mar. Si lo respetas -con sus vientos, corrientes, arrecifes, tiburones, cocodrilos- te devuelve mucho.

Se trata de tener la confianza de que algún día sale otra vez el sol y todo ha pasado

Si está mal, puedes sufrir mucho. Imma, mi mujer, se mareó [ríe], y ha dado la vuelta al mundo. Después de un temporal, al cabo de tres o cuatro días, sales por la mañana y ves el sol, ves que las olas han bajado y piensas: lo hemos superado. Se trata de tener la confianza de que algún día sale otra vez el sol y todo ha pasado.

-Esto sirve para la vida...

-Saber que salimos de estos momentos malos te da confianza. En una de las travesías, desde las Galápagos, estuvimos cinco semanas en las que solo vimos dos barcos. Y el mar. Observando el mar ves los diferentes azules, las nubes, el horizonte... Es un espectáculo total. Y te calma por dentro. Es una forma de meditación. Estás allí sin hacer nada. Solamente observas.

-¿En qué ha cambiado usted tras estos doce años de travesía?

-Vivo mucho más el día. Mucha gente me pregunta si haré una segunda vuelta al mundo... No me importa. Ahora estoy en esta entrevista. Es lo único que cuenta. Y donde no puedo influir, no me tengo que preocupar. Y sí me tengo que preocupar en crear ahora un buen momento entre nosotros en esta entrevista, porque esta es la mejor inversión de cara al futuro.

Ahora estoy en esta entrevista. Es lo único que cuenta. Y donde no puedo influir, no me tengo que preocupar

-¿Cómo ha evolucionado su relación de pareja?

-Cuando tienes exactamente el mismo objetivo, como por ejemplo llegar a una isla del Pacífico, es algo muy bello como pareja. Te sientes automáticamente unido. Todas las cosas malas las sufries los dos. Y no hay visitas, la suegra nunca llega en alta mar [ríe]. Estás los dos y punto. Los problemas empiezan cuando estás en tierra [ríe de nuevo].



Hans Geilinger, junto a la sede de EL PERIÓDICO / JORDI COTRINA

-¿Cómo ve el mundo, después de conocerlo durante esta experiencia?

-Primero, creo que estamos muy centrados en Barcelona, o Hospitalet, como si fueran el centro del mundo. Hay mucho más mundo y muchas más realidades. Y no es que nosotros seamos más felices, en Europa. En estas otras realidades te das cuentas de que puedes vivir totalmente feliz en Fulaga, un islote de Fiji y es maravilloso. No hay internet, no hay móvil. ¿Para qué? La comunidad vive con y del mar.

Lo que yo vi en muchos sitios, sobre todo en zonas pobres, es que tienen un lujo brutal que es el tiempo

Y están muy unidos con la naturaleza. Aquí pensamos en el bienestar relacionado con tener un coche muy bonito y una segunda residencia en el Empordà... Lo respeto, pero lo que yo vi en muchos sitios, sobre todo en zonas pobres, es que tienen un lujo brutal que es el tiempo. Tener tiempo es mucho más lujoso que tener un Ferrari.

-Aquí cuando viajamos queremos llegar enseguida...

-El velero es muy bueno porque va superlento Seis nudos, que son diez kilómetros por hora. Por eso tardas cinco semanas de Galápagos a Marquesas. Cuando sales, te puedes despedir de lo que tenías. Tienes un par de semanas para pensar en lo que dejas atrás. Y luego hay un momento en blanco. Tu alma viaja contigo. A bordo éramos cuatro, Imma, yo, su alma y la mía.

-Es otro concepto del tiempo...

-Ves el paraíso, las palmeras, el mar turquesa... y es verdad, es bellísimo. Los primeros días son bonitos pero cuando vienes de Occidente, al tercer día ya piensas en irte. Pero si te quedas el cuarto día y el quinto, ocurren cosas, porque de repente ves alguna gente que recoge pulpos en el arrecife... La lentitud es importante, si no no te enteras de nada. Yo no hubiera ido tan rápido. Doce años ha estado bien, pero veinticinco hubiera sido mejor.

La lentitud es importante, si no no te enteras de nada

-¿Estamos todavía demasiado de espaldas al mar, en Barcelona?

-Como arquitecto y urbanista, sé que se decía que Barcelona vivía de espaldas al mar y con los Juegos Olímpicos se giró hacia el mediterráneo La sociedad mira el mar. Pero mi deseo es que no nos quedemos en la playa, sino que entendamos que toda esta superficie azul no es solo estética. Tenemos que meternos dentro, o encima. Y que los niños hagan vela, natación y buceo. Que se sumerjan.

ENTREVISTA A HANS GEILINGER

"LA VERDADERA RIQUEZA NO ES POSEER MÁS, SINO TENER TIEMPO"

• POR ELENA BUSQUETS | 27 OCT 2025 | FOTOGRAFÍA DE ANGEL BRAVO

Una travesía de doce años en velero convertida en un homenaje a la lentitud, al presente y a la vida consciente.

Navegar muchas veces sirve como una metáfora de la vida. Y más aún si a la travesía le dedicas años de tu vida, como **Hans Geilinger**, uno de los pocos navegantes que realmente ha conseguido dar la vuelta al mundo en un velero de doce metros, durante doce años. Nacido en Suiza, a los treinta y dos años Hans decidió dejar su tierra natal para explorar el mundo y se estableció en Barcelona, donde ejerció como arquitecto y profesor de arquitectura. Aquí es donde adquirió su primer velero, **Tuvalú**, para recorrer inicialmente el mar Mediterráneo. Pero en el año 2011, junto con su esposa Imma y su velero **Dufour 40 Performance**, iniciaron una aventura que Hans acaba de recoger en una novela autobiográfica titulada también **Tuvalú**.

No es en absoluto un libro exclusivo para navegantes; no contiene descripciones técnicas ni relatos de maniobras marineras. **Tuvalú es una invitación a vivir lentamente**, un homenaje al presente y una provocación a salir de la zona de confort para encontrar la verdadera paz, incluso en medio de una tormenta.

— ¿Qué es para ti **Tuvalú**?

— Tuvalú es el nombre del libro que he escrito, es el nombre de mi barco y un archipiélago en el norte de Fiji. Y estas tres cosas están muy interrelacionadas.

Cuando mi mujer y yo dimos el nombre de **Tuvalú** a nuestro velero —que inicialmente compramos para navegar por el Mediterráneo—, en el fondo pusimos una semilla. Y aunque en aquel momento era impensable que pudiésemos ir a **Tuvalú**, teníamos la ilusión futura, la semilla dentro de nosotros. Y una noche, en el año 2010, en una cala de Grecia, la semilla empezó a crecer. Después de una cena con navegantes transoceánicos, Imma me preguntó: "¿Por qué no damos la vuelta al mundo?"



— **Y un año más tarde zarpabais desde la costa del Garraf. ¿Cómo fue la preparación?**

— Cuando tú te lanzas a una aventura, sea de la vida en sí o empresarial, tú no sabes cómo te va a ir realmente. Intuyes que va a ir bien, pero en el fondo no hay ninguna certeza. Necesitas, por lo tanto, una mentalidad abierta, intuición y voluntad de vivir cosas totalmente diferentes. Y supongo que esta era la finalidad: experimentar aquello que todavía no había experimentado. En Barcelona tenía la vida resuelta y arreglada: el despacho, el piso, la familia... todo estaba en armonía. Y tuve que desmontarlo todo, emocional y prácticamente: deshacer el despacho de arquitectura, el contrato del piso, hacer trámites burocráticos... y preparar el barco, hacerle un refit (proceso de renovación y reparación de un barco).

— **Todos conocemos *La vuelta al mundo en ochenta días*, de Julio Verne. El récord hoy en día, de hecho, está en 60 días... Pero vosotros lo habéis hecho en 12 años.**

— Sí, y aunque no lo teníamos previsto, lo cierto es que ha sido con una intención: la de ir lentos. En nuestra sociedad hemos olvidado la cualidad de la lentitud. Nos hemos olvidado de que si vas lento, vives más, experimentas más.

— **Menudo contraste cuando chocas, después, con el ritmo de una ciudad.**

La travesía más larga que hicimos sin pisar tierra fue de Galápagos a las islas Marquesas, a Fatu Hiva. Fueron casi cinco semanas. Y en todo el trayecto solo nos cruzamos con dos barcos. Fuimos nosotros y el océano. Esas semanas, esa lentitud, nos ofreció mucho: las primeras semanas podíamos asumir y comprender lo que habíamos vivido en Galápagos (las tortugas, los pingüinos, las vivencias...), pero después solo nos quedaba no hacer nada: tan solo las tareas cotidianas del navegante y la convivencia en sí.

— **“Viajar ha de ser un estado: no puede ser llegar a un sitio”**

Ahí, el concepto de tiempo era completamente diferente. Teníamos tiempo. En cambio, aquí, en nuestras vidas en la ciudad, parece que pocas veces tengamos tiempo.

Los indígenas, por ejemplo, sí que tienen tiempo. Te reciben y están por ti. No están con el móvil, pensando en la siguiente reunión o en la siguiente tarea. Y esto es un lujo inmenso que tienen. La verdadera riqueza no es poseer más, sino tener tiempo.



— **Dicen que, en las sociedades occidentales, puedes ver lo rica que es una persona en función del tiempo que le dedica al desayuno. Se considera que una persona con alto poder adquisitivo puede permitirse desayunar tranquilamente. Podríamos pensar que los indígenas son tremendamente ricos. O que vivir con esa lentitud es ser tremadamente rico, aunque quizás no sea precisamente una riqueza económica.**

— Totalmente. Tenemos un concepto de riqueza centrado más en la posesión que en el tiempo. Nuestra riqueza consiste en tener un coche de alta gama, una vivienda grande y bonita, una segunda residencia en la costa o en los Pirineos y, en la semana que tenemos vacaciones, coger un avión y viajar. O consumir un viaje.

"Exponerte a otras culturas, te obliga a conocerte más a ti mismo y a cuestionarte"

Y yo creo que viajar ha de ser un estado: no puede ser llegar a un sitio. Es vivir un trayecto. Vivir un momento, un instante. Por eso creo que aún estoy viajando.



— ¿Eres nómada?

Sí. En mi libro hay una frase que dice: "Los nómadas no conocen fronteras ni limitaciones. Su patria es un camino". Y esto define bastante lo que siento.

— ¿Qué cultura te ha impactado más durante tu travesía?

Mi propia cultura. Exponerte a experiencias nuevas, al mar o a otras culturas, te obliga a conocerte más a ti mismo y a cuestionarte. A cuestionar también tu propia cultura.

Por ejemplo, nos pensamos que vivimos en el primer mundo. Que somos una civilización más desarrollada, que representamos el progreso, y a menudo miramos con superioridad a aquellos países o culturas que viven de una manera más sencilla, que no tienen tanta riqueza económica. Pero estamos muy equivocados. Me ha pasado en más de una ocasión que en una isla, un autóctono me diga: "Esto es el paraíso en la Tierra". Y estaba en lo cierto.

No tienen riqueza en nuestro concepto, pero tienen una riqueza completamente diferente. Deberíamos entender que no somos el centro del universo. Simplemente somos una opción.

"No se trata de navegar, sino de hacer un viaje interior, y el barco es tan solo una excusa"

— Durante la travesía has temido por tu vida en más de una ocasión. ¿Qué reflexiones te llevas después de estar tan cerca de la muerte?

— Hasta el peor de los temporales se calma. Sea una tormenta en el mar o en la vida, se calmará, y el sol saldrá en el horizonte y acariciarás tu piel. En el fondo, lo importante es decidir vivir el momento de la mejor manera. El miedo es solo una opción. Te prepara para aquello que quizás pase en un futuro, aunque no tiene por qué pasar.

He entendido que en el mar yo solo soy un visitante. Y tengo que navegar en las condiciones que el mar me pone; no me puedo oponer a ellas. Con lo que al mar no le puedo tener miedo, pero sí respeto. —No lo dice explícitamente, pero sospecho que habla del mar... y también de la vida—.

— ¿Es un viaje recomendable para todos los públicos?

— Si no quieres salir de tu zona de confort o no te atreves a vivir nuevas experiencias, entonces no. Pero si te atreves, es apto para todo el mundo. Porque no se trata de navegar, sino de hacer un viaje interior, y el barco es tan solo una excusa. No necesitas ser navegante. Los conocimientos se aprenden en el camino y, mientras tanto, se te abren muchas preguntas, porque el mar no tiene filtros: es muy directo. Es inmediato e infinito, y te obliga a conocerte a ti mismo.



— En alta mar, y aislado del resto del universo, es trascendental el compañero. ¿Cómo has gestionado vivir en un barco de 12 metros con tu pareja durante tanto tiempo?

— La vida en el mar, en verdad, es muy fácil. Es sencilla, porque el objetivo suele ser muy claro. Por ejemplo, llegar a las islas Galápagos. Y una parte importante para entenderte tanto tiempo con tu pareja es compartir los mismos objetivos, las mismas metas, y vivirlas juntos. En el barco, por ejemplo, tenéis un mismo objetivo y compartís el camino hasta llegar a él: el temporal lo afrontáis los dos —pese a que uno pueda marearse más que el otro—, y los momentos bellos también los disfrutáis los dos... Y eso te hace ir a una, coordinado.

— **¿Volveréis a Tuvalú?**

Nos gustaría. Y más pronto que tarde, porque Tuvalú vive un momento crítico: el nivel del mar crece casi 5 milímetros al año debido al cambio climático, y piensa que la montaña más alta del archipiélago tan solo mide dos metros. Las islas se hunden continuamente cuando hay mal temporal, y los pozos se llenan de agua salada, con lo que el agua de los pozos se acaba contaminando. Si la cosa sigue así, en 2050 ya no se podrá vivir en Tuvalú, y sus ciudadanos tendrán que ser refugiados climáticos. Es muy triste e injusto.

— **¿Cuál será tu próxima aventura?**

Si he aprendido algo en este viaje es que nuestras planificaciones son bastante limitadas. Lo he visto en el mar: tú puedes planificar, pero el mar acaba haciendo lo que le da la gana. Lo importante es vivir el momento y escuchar la intuición.

Ahora estoy contigo. De poco me sirve planificar la siguiente aventura. Y te pongo un ejemplo: estuvimos en Suakin, en Sudán, hace años. Ahí se está viviendo una de las mayores crisis humanitarias del mundo. Y nosotros estuvimos allí justo antes de que estallase el actual conflicto armado que vive el país. Recuerdo estar hablando con el conductor del *rickshaw* (triciclo conducido por un ciclista que transporta pasajeros) que nos llevaba hasta el barco, antes de irnos. Él, que vivía en la extrema pobreza, como la mayoría de gente de allí, me decía: "Mañana a lo mejor mi madre se muere o mi hijo tiene un accidente, pero eso no importa. Lo que importa es el presente, que ahora mismo estamos aquí."

Esa fue mi última conversación con él, antes de subirme al barco. Y no me conecté al móvil hasta pasadas tres semanas, cuando llegamos a Egipto. Cuando encendí el móvil, vi que había estallado una guerra en Sudán. Sus palabras eran tan ciertas. Y aún me resuenan. Mañana no sé, a lo mejor doy la vuelta al mundo, pero hoy estoy aquí, ahora, hablando contigo. Y eso es lo que importa.

TRIBUNA

El mar, una escuela de vida

Lunes 17 de noviembre de 2025, 19:00h

No soy para nada un hombre de mar, pero tengo algún interés por absorber de algún modo lo que éstos sienten como tales. *Tuvalu* (Elba) es un libro reciente que ha caído en mis manos. Su autor es el arquitecto suizo Hans Geilinger afincado en España desde hace muchos años, casado con Imma, una profesora catalana con la que hizo un viaje alrededor del mundo: ni más ni menos que durante doce años (entre 2011 y 2023), recorriendo 50.000 millas náuticas con un velero Dufour 40 Performance llamado 'Tuvalu', igual que las islas polinesias. Se trataba de navegar hacia una meta desconocida, persiguiendo vivir experiencias en las que el mar se revelase en toda su claridad y belleza. Zarpar, dice el autor (nacido en un país montañoso alejado del mar), es "como el primer instante de un enamoramiento, una primera mirada anhelante hacia el horizonte y ¡zas!, ya estás pillado".

Una aventura exige dejar atrás unos hábitos y costumbres, y supone asumir riesgos para obtener recompensas. Hans Geilinger ve la vida como insondable, consciente de que, *a menudo, golpea de repente*. Afianzado en una continua e intensa declaración de amor hacia su mujer, puede mostrarse increíblemente dichoso, pero, vulnerable a la vez ante las circunstancias que siempre nos pillan por sorpresa; llega a sentir que su sueño vital está a punto de desplomarse. Ha hecho este libro, dice, para *interpretar su larguísima aventura*, pero al acabarlo reconoce sentirse extrañamente *perdido* y melancólico; con nuevas preguntas, aunque con una particular confianza en su propia realidad. Tras zarpar de Malasia, recuerda que mantuvo viva "la sensación de magia que surge en alta mar casi sin interrupción". Para los navegantes de alta mar, "la conexión con la naturaleza es inmediata, absoluta y brusca. Aprendí que incluso la peor tormenta acaba pasando". La filosofía de quien no es filósofo. La



MIQUEL ESCUDERO
Profesor y escritor
249 artículos

necesidad imperiosa de tener perseverancia y paciencia. *Navegar para sentirse vivos*, para escapar de la rutina y abandonar nuestra zona de confort. Pero esperando alcanzar un hogar, una nueva tierra adoptiva; en el fondo, con la referencia y conciencia del mar doméstico, del 'Mare Nostrum', nuestro mar Mediterráneo.

Los cuidados del velero reclaman atención al vadear rocas, rodear arrecifes y malecones desmoronados, esperando no encallar ni sufrir percances en la quilla, en el delicado sistema de transmisión de embarcaciones *saildrive*, en la hélice, en la pala del timón.

Pero una vez en alta mar, aguardan *días infinitos* para la contemplación, para gozar de una exuberante y rica variedad cromática. Y de aromas y fragancias, como las que el autor evoca en la caribeña isla de Granada: una explosión de vida y de crecimiento desbordante de mangos, cocos, caña de azúcar, jengibres, yuca, pimientos y granos de cacao. La expectativa de un suculento desayuno con papayas de las islas Galápagos.

Del disfrute de sabores, olores y colores al espectáculo tranquilo de un mar repleto de tortugas, delfines, leones marinos. Hans Geilinger rinde un homenaje emocionado a la estética y belleza de un animal que acierta a presentar en su esplendor:

"No existe nada que supere los encuentros inesperados con las reinas de los océanos. Nadan, majestuosas, miles y miles de millas. Se sumergen durante horas en profundidades abisales y regresan a la superficie, melodías prolongadas, cruzando centenares de millas. Las ballenas. Gigantes, pacíficas. De una belleza deslumbrante, parecen estar en constante modo zen, sumidas en una atención profunda. La personificación de la vida en el mar; símbolo de respeto y dignidad".

Es un párrafo precioso, pero todo el mundo habla según le va en la feria. Por esto la escuela de la vida es tan plural. La ballena y su caza han dado lugar a relatos espeluznantes y obsesivos como el de *Moby Dick*, escrito hace 175 años por Herman Melville, que alcanza la tragedia y el horror. Claro que, *siempre que sea posible*, es mejor observar a un animal guardando respeto a su dignidad, descubriendola.



Hans Geilingen posa ayer con su obra 'Tuvalu' en la Biblioteca de Babel de Palma antes de su presentación.

Para todo amante del mar, ningún trozo de tierra llega nunca a igualar los azules del océano. El navegante sueña con vivir sobre las olas y recorrer millas y millas hasta perder la noción de tiempo. Hans Geilingen era uno de esos fantaseadores hasta que en 2011 emprendió la gran aventura de su vida: dar la vuelta al mundo en velero a lo largo de 12 años.

Hans era arquitecto y profesor de arquitectura. Nacido en Suiza y afincado en Barcelona, ya era amante del mar y compró junto con su mujer, Imma, un primer velero en el que recorrieron el Mediterráneo. Ambos hicieron girar un globo terráqueo en 2011 y señalaron un punto al azar en medio del Pacífico que sería su próximo destino y el nombre de su segundo barco: ese lugar es Tuvalu.

Tuvalu es, además, el nombre del libro que Hans Geilingen presentó ayer en Palma y en el que cuenta su historia: «Tuvalu es el relato de nuestra vuelta al mundo de 12 años y 50.000 millas. Ese es el precontexto, pero en realidad el libro habla de otras cosas», explica a Diario de Mallorca. «En cualquier viaje hay un objetivo exterior, pero lo interesante es el interior, y eso es lo que quiero relatar en mi libro: qué pasa una persona en medio del océano, cómo afronta los problemas, la soledad, los encuen-

tramientos. El globo es 70 por ciento mar y 30 por ciento tierra; yo no sé por qué Dios creó la tierra, me sobra», detalla.

Sin embargo, aunque el navegante sea capaz de encontrarle el lado positivo, en 12 años hubo también hueco para las situaciones límite. Concretamente, según el propio protagonista, una o dos al año: «Podríamos haber dicho 'hasta aquí hemos llegado', pero aprendimos que esos son los momentos clave. Si superas un temporal bestia en alta mar, cocodrilos, tsunamis en el Pacífico o piratas, aprendes que, tras el peor de los temporales, subes otra vez a cubierta y todo se calma».

Hans e Imma pasaron miedo; pero el 99 por ciento de las cosas que imaginaban, confiesa, no terminaban por hacerse realidad. «Un día unos piratas me apuntaron con tres kalashnikov y estábamos rodeados. Ahí sí sufrimos mucho. No quiero hacer espóiler de cómo salimos de la situación, pero la superamos», afirma sobre el 1 por ciento restante. Aun así, el suizo prefiere relativizar: «La realidad es que la AP-7 aquí en Cataluña es más peligrosa que una vuelta al mundo».

Doce años de travesía han sido suficientes para visitar muchos rincones del mundo, pero, de entre los más remotos, Hans se queda con Tuvalu, el archipiélago de nueve islas al norte de Fiyi, un poco más abajo del ecuador, que ha dado nombre a su barco y a su libro. «Son muy agradables y abiertos. Viven una vida centrada en la naturaleza y te acogen como nadie, no como aquí. Te abren el corazón. Es maravilloso poder formar parte de la vida de los indígenas», recuerda con emoción.

Y es que de su contacto con ellos saca el mejor aprendizaje de su travesía: «Nosotros estamos siempre muy estresados y no tenemos tiempo. Allí la gente tiene tiempo, y esto es un lujo tremendo que hemos perdido». Hans Geilingen continúa: «El lujo no es tener un piso precioso, sino tener tiempo para pensar, para estar, para escuchar. Por eso, estos pueblos creen que son mucho más ricos que nosotros. En África se dice que los europeos tenemos relojes y los africanos tienen tiempo».

El navegante se siente «muy agradecido» por haber podido llevar a cabo este viaje por el mero gusto de navegar: «Normalmente la gente viaja por dos razones: los pescadores, para trabajar, y los inmigrantes, para huir de la guerra y las violaciones». «Yo he tenido la gran suerte de poder navegar por navegar. Es un lujo total que la vida me ha proporcionado», sentencia. ■

Vela

El navegante suizo afincado en España presenta en Palma su libro 'Tuvalu', en el que explica su aventura dando la vuelta al mundo en velero en doce años

Hans Geilingen: «Unos piratas me apuntaron con tres kalashnikov»

AINA SEGURA
Palma



tros culturales con pueblos indígenas...», cuenta el autor. Así, la travesía se convierte en una excusa para hablar de lo que ocurre en la mente y en el corazón de un navegante oceánico.

Hans y su mujer se lanzaron a la vida en el mar no por querer huir de su vida terrestre, relata, sino en busca de nuevas emociones: «Abandonar la zona de confort es muy rico para ti. En el mar todo se mueve, notas la lluvia, el viento en tu cara... todo es real. Yo buscaba esas emociones directas y sin filtros. El mar es una escuela de vida», relata el suizo. Hans e Imma llegaron a pasar

«El globo es 70 por ciento mar y 30 por ciento tierra; yo no sé por qué Dios creó la tierra, me sobra»

«Tuvalu es el relato de nuestra vuelta al mundo de 12 años y 50.000 millas, aunque habla de otras cosas»

hasta cinco semanas en mitad del océano sin ver tierra firme y cruzándose con apenas dos embarcaciones. «Es lo más bello que existe», afirma, rotundo y apasionado. «Puedes estar horas y horas en la cubierta mirando las olas, viendo todos los azules que existen y con vistas de 360º al horizonte. Esto te llena con una paz absoluta; es una forma de meditación», cuenta. Para él, sus noches viendo el cielo estrellado eran una forma de recordarse a sí mismo lo insignificante del ser humano. «Cuando ya llegábamos a la Polinesia Francesa, estaba decepcionado porque que-